

GENTE NUESTRA

FRANCISCO CONTRERAS

Empieza a envejecer Francisco Contreras. Yo llevaba, ingenuamente, la fisonomía de sus retratos de veinticinco años, para encontrarme con el único Francisco Contreras posible, el amigo de Rubén y el poeta de "Luna de la Patria", que se escribió hace unos 14 años. Comienza en su cabeza la hora de la volteadura del olivo; ella le grisea entristeciéndole extraordinariamente la fisonomía descarnada. Hombre pequeñito, que corrige el *cliché* de gigantes obligatorios del chileno; atento y sutil. Hombre de vida reposada, con la gracia de una compañera largamente grata, esta tristeza de Contreras parece de convaleciente, y es de enfermo, tal vez. Nunca ha sido sanguíneamente chileno; una vida entera en piezas tapizadas de libros apaga el ojo y opaca la voz neta que se trajo de las tierras solares.

El orden minucioso de su escritorio, la enfiladura irreprochable de los anaqueles, la sobriedad francesa del amoblado, en que los ojos descansan de otras oficinas abundantes, me hace pensar en la letra de sus cartas, honradamente clara y precisa. Anda en esto la mano ordenadora de la mujer, pero también se manifiesta la mente no confusa del hombre que maneja sin barbarie biblioteca y originales.

Empezamos por conversar de Chile. Me pregunta, uno por uno, por sus colegas; añade al nombre una frase breve o larga de elogio o de vieja amistad. Barrios, Prado, Edwards Bello, Mondaca, Silva, los Lillo, Maluenda, Latorre, y, especialmen-

te, el ido, Magallanes, cuya memoria es suave de voltear como una tela noble.

Añado a sus conocimientos el de la admirable Marta Brunet, que con Neruda y Manuel Rojas hacen la enjundia de la producción chilena del momento. El sabe, por mí, que los tiempos han variado en Chile para los escritores y que la literatura ha entrado en una especie de mayoría de edad entre las otras actividades. Yo creo, y se lo digo, que se debe a la prensa —ya adulta también— la consideración que desde hace unos cinco años se viene formando hacia los escritores.

Contreras oye con alegría la buena nueva, aunque para él llegue tarde: ha vivido ya media vida de esfuerzo literario, sin que su tierra le empujase con ningún aliento. (¡Ay, los jovencitos linajudos, abundantes como la verdolaga coquimbana, que se han devorado legaciones y consulados, sin más capacidades probadas que su pañuelito color ofelia, asomado sobre un vestón de buen sastre!)

—Usted, Contreras, ¿no ha servido ningún cargo de Chile en Francia?

—Tuve en una ocasión encargo de propaganda en la prensa de París, cosa fácil para mí por los amigos de veinte años que conservo en varios periódicos. Escribí sobre Chile en "Le Gaulois", especialmente, y contraje el compromiso, corriente aquí como usted sabe, de pagar una remuneración modesta. El Ministerio cumplió, dando la orden respectiva; pero aquello pasó... a otra persona y a otro asunto, parece. Yo

tuve que dar una dura excusa, y todavía me apena la fealdad a que me obligaron.

—Usted —le digo— ha hecho la única propaganda que obra: la indirecta. Presentar descarnadamente un interés, escribir sobre “Chile nuevo” o sobre “Chile... francés”, o llegar desafortunadamente a una sala de conferencias con unas sesenta páginas de insoportable prosa estadística en el bolsillo, no convence sino a los tontos y hace sonreír benévolamente a los franceses sagaces. Usted ha escrito al paso sobre el país; muchas veces en su crónica del “*Mercure de France*” ha presentado hombres de allá, sin subir sospechosamente el tono del elogio. Eso lo llama mi amigo Ricardo Ahumada, en Relaciones, “propaganda indirecta”, y es lo único eficaz... ¿Cuántos años lleva usted en Francia?

—Dieciocho, que son de trabajo ininterrumpido en el “*Mercure de France*”, donde, como usted sabe, me ocupo de la producción de la literatura de la América española en diferentes aspectos.

—¿Cómo llegó usted, tan joven, a esto que es aquí toda una situación expectable para un extraño?

—Remy de Gourmont me llamó a servir la sección que dejaba Rubén. Tuve un formidable padrino.

—¿No le fatiga a usted la lectura obligada, en una lengua que no es la de su medio, que a la larga debe volvérselo artificial de puro no escucharla?

—La crítica matizada con producción no fatiga como ejercida exclusivamente. Yo sigo escribiendo. El año pasado publiqué, en francés, “*La Ville Merveilleuse*”, que este año ha aparecido en español. Le advierto que he escrito yo los dos originales.

Porque... Contreras es hombre de grandes pudores, y va contándose, poco a poco, que cualquiera de las ediciones dada como traducción de la otra, le rebajaba los derechos de autor a derechos de traductor. He leído la obra después, asombrándome de la fidelidad de memoria y de sentimiento que se goza en la novela. Ausente de Chile veinte años, él reproduce el objeto, la planta, el paisaje y la costumbre con

asombrosa justeza y con una minuciosidad que yo, la olvidadora, le envidio.

Me he alegrado de ver en estos días en las librerías la novela costumbrista de Contreras al lado de la “*Historia de Chile*”, que Leonardo Penna acaba de publicar y que su editorial distribuye ampliamente.

Hablamos de “*Don Segundo Sombra*”, la celebrada novela argentina a la cual ha dedicado él una crónica enjundiosa.

—Hoy —dice— no me interesa la literatura americana de cara vuelta a Europa, sino la otra, la que tenga la bella probidad del motivo nuestro, contado con ritmo nuestro también. El período —que fué útil— de las influencias ha pasado. El éxito de Güiraldes viene de que ha salido al encuentro del interés que comienza a despertarse aquí por la realidad americana, casi inédita.

Le digo, a propósito, mi sorpresa entusiasta por los dos volúmenes de cuentos de Ventura García Calderón. Sorpresa, porque yo también venía creyendo en la leyenda tonta de que los sudamericanos establecidos en Europa se tajan la América como un brazo y se quedan perdurablemente mancos de lo nuestro. (La novela de Contreras me dará la cuarta o quinta rectificación.)

—Yo quería —le digo— que el motivo fuese americano, pero que se evitase la técnica bárbara. Hay una sola técnica verdadera, la de los grandes escritores, sea la técnica Galdós, la Dickens, la Kipling o la Dostoyevski. El americanismo literario suele dársenos en formas desordenadas de chivateo o en revoltura de trofeo indio de cabelleras. El solo usar el español es aceptación de Europa, es decir, voluntad de construcción y estilo decorosos.

Contreras elogia a Arguedas en su fuerte novela india y lamenta que este ejemplo de creación autóctona y robusta no haya hecho escuela en nuestros países.

El tipo superior de la biografía americana sigue dándole el “*Montalvo*”, o el “*Gutiérrez*”, de Rodó; el de la descripción, yo lo pondría en la prosa de esmalte de la “*Visión de Anahuas*”, por el mexicano Reyes, en la que la meseta sobria como un escudo y la reverberación metálica de la

luz se entregan en frase objetivamente enjuta.

* * *

De nuestros dos americanismos debe estarse sonriendo un retrato de Rubén en que yo no había reparado y que él me señala. Este sí se cercenó la América como un héroe que de un hachazo se cortase a sí mismo por el tronco. Y, sin embargo..., ¿cuándo nos nacerá el poeta digno de beber en su vaso? Admirable el retrato que Contreras conserva con noble dedicatoria y que merece reproducción abundante.

Siquiera por esta vez nuestro hombre lírico mayor no es grotesco, y yo lo miro con alivio; porque, excepto en el dibujo de Vásquez Díaz, que es una máscara de dios indio, yo he sufrido siempre al ver esas fotografías aborrecibles de un hombre graso, con una fealdad no sobrenatural, sino pesada y burguesa.

Conversamos de Darío. Una gran editorial ya ha anunciado en su colección de "Vidas" una biografía de Rubén, por Contreras. Le mantiene —con más lealtad que otros— el rescoldo de admiración suficiente para cumplir semejante encargo. Cuidado que ha tenido que sufrir el gran niño sin hiel que fué Darío, más de tres punzaduras de los alacranes literarios de la América caliente, y de la templada también. Que no pagaba al sastre sus casacas floreadas de Ministro o de Cónsul, que en Chile le enseñaron a tomar el tenedor y tonterías semejantes. Como si no tuviéramos vergüenza para todos los tiempos en la pobreza afiebrada de deudas del hombre que nos volteó, para bien, la lengua, y nos metió, no sólo en la lengua, sino en los nervios de la raza, finezas que desconocíamos.

* * *

—“El Pueblo Maravilloso” —me dice Contreras— es el primer volumen de un

ciclo novelesco sobre Chile. El segundo y el tercero ya están escritos: “La Montaña” y “El Valle Maravilloso”. Seguirán: “La Ciudad”, “La Selva”, etc.

Yo miro a este hombre débil que en su madurez quiere trabajar bajo el signo de Balzac, y le siento el contagio de los escritores franceses, ejemplarmente laboriosos, como ya he dicho, en los cuales la literatura es verdaderamente un oficio adoptado, artesanía de seis horas diarias.

Se ha distanciado de la poesía, Contreras. ¿No hay en la época una especie de imposición de la prosa, tácito destierro que la antilírica, la antienfática, la anticaballeresca, que es ella, lanza a la poesía que siempre significó caballería y cogollo rojo de pasión?

—¿Usted ha conseguido para su trabajo —le pregunto— vencer este odioso clima? ¿No le rasguña a usted los nervios la bruma sucia, casi fétida, de la gran ciudad y de los bajos cielos del Norte, que casi se tocan?

—Todavía —contesta— suelo tener nostalgia del sol y del cielo franco, que es el nuestro. Pero poseo mi refugio para las dos estaciones peores. En el Perigord hemos comprado una casita en pleno campo; me rehace el mes allá abajo, en el aire vivo y la luz verdadera.

Así va viviendo en la Francia que le ha dado mujer e imperioso ritmo de vida activa, nuestro Francisco Contreras, tan olvidado en Chile. No escribe cartas para la América, por leerse los veinte libros que le trae cada correo de allá. Y la América ama mucho al escritor epistolar, especie de rueda que avienta palabras hacia el Uruguay, México o Chile, y da prueba así de su cordialidad no amojamada por Europa. Le falta el tiempo y no tiene, tampoco, el temperamento efusivo y banal de los epistolares. La que esto escribe ha sido de ellos, y le da la razón contra sí misma.

